

## LA VIDA RELIGIOSA DE ALAQUÀS A PRINCIPIOS DE ESTE SIGLO (IV)

### "ELS COMBREGARS DELS XIQUETS"

La Primera Comuni3n de los ni1os y ni1as revestía especial solemnidad y se celebraba todos los a1os el Domingo de Pentecostés.

Le precedía, como siempre, un largo periodo de instrucci3n para aprender la "Doctrina" y su ense1anza corría a cargo de las Operarías Doctrineras ayudadas por mujeres y hombres del pueblo, de reconocida piedad.

Las casas de los "combregaors" y "combregaores" se preparaban días antes con una limpieza general, que en el exterior se manifestaba "emblanquinant" la fachada con la correspondiente pintura de cal y pulimento de puertas y ventanas, sin olvidar, el día de la fiesta, la enramada de murta en la puerta de la calle.

Los trajes de los comulgantes ni1os y ni1as, generalmente blancos, se complementaban con un librito de oraciones con tapas nacaradas y un rosario de cuentas blancas; los ni1os llevaban además, sobre el pecho un cord3n dorado del que pendía una medallita de oro.

Para acudir a la Iglesia se congregaban todos, ni1os y ni1as, en la "Costura", que así se llamaba la Escuela mixta que existía entonces en el pueblo, en el edificio del Ayuntamiento; y acompañados por la música, por la calle Mayor, se dirigían a la única Iglesia Parroquial donde se celebraba la ceremonia religiosa. Finalizada ésta, el cortejo infantil, seguido por la música, regresaba a los respectivos domicilios, en los que se les recibía disparando una traca y a veces con la suelta de pajaritos, cazados en el "enfilat", que con su alegre revoloteo se asociaban alborozados a la alegría general de la fiesta.

Las familias de los comulgantes ofrecían una comida extraordinaria a familiares y amigos, comida abundante, y sustanciosa en la que no faltaba la tradicional sopa de menudillos, el pollo bien cebado, el "guisao de mondonguilles" y otras exquisiteces culinarias, sólidas y reconfortantes. Por supuesto, el capítulo de los dulces revestía particular relevancia: "les tortaes", "els bracos de gitano", les coques fines", etc. completaban el ágape festi-

vo, que se prolongaba hasta muy tarde, comida rumbosa y descomunal que obligaba a ser digerida con un buen café y licores y saboreando los hombres las delicias de un aromático puro.

## "ELS PERNOLIARS"

Los sacramentos administrados a los enfermos revestían siempre cierta solemnidad. Actualmente pasan casi desapercibidos, dado el cambio de vida y costumbres que se ha producido en el mundo.

El Santísimo Sacramento era llevado públicamente por un sacerdote vestido con roquete, estola y una capa de brocado blanca, especialmente preparada para estos actos, que le cubría desde los hombros hasta las rodillas.

El sacristán era portador de un farolón con al menos dos velas encendidas y un monaguillo tañía continuamente por la calle una campanita. Los fieles, avisados por esta señal, sacaban a las puertas de las casas luces con velas y encendían las bombillas eléctricas de las fachadas. No solían faltar hombres o muchachos -casi siempre familiares del enfermo- que precedían al sacerdote llevando faroles. Al paso del Santísimo era norma establecida que todos se arrodillaran.

Para los fieles que así lo deseaban y, por derecho propio, para los miembros de la Adoración Nocturna se celebraba el Viático con mayor solemnidad. Era el llamado "Combregar general". El sacerdote, bajo un palio pequeño, iba precedido por un numeroso cortejo de acompañantes con cirios y, entre ellos los socios de la Adoración nocturna, con faroles, mientras desde el campanario volteaba lentamente una campana hasta el final de la ceremonia. Durante el recorrido hasta la casa del enfermo se recitaba en un tono de profunda religiosidad el "Miserere" y al regreso se entonaba el "Te Deum". La casa del enfermo se llenaba de familiares y allegados -las mujeres cubiertas con velos- y todos arrodillados y con velas encendidas recibían la llegada del Santísimo.

El sacerdote en la puerta de la casa pronunciaba en latín el saludo evangélico: "La paz sea en esta casa" asperjando con agua bendita la entrada y la habitación del enfermo, mientras depositaba el coponcito con las Sagradas Formas sobre una mesa cubierta con un mantel blanquísimo, como la colcha impecable que cubría la cama del enfermo.

El acto litúrgico comenzaba con la confesión sacramental, si no se había hecho ya antes, la profesión de fe, la comunión y el propiamente llamado "pernoliar" o unción del enfermo.

Al regresar a la Iglesia se solían unir al cortejo las mujeres devotas que así lo deseaban y ante el Sagrario de la Capilla de la Comunión, el sacerdo

te daba la bendición con el Santísimo y anunciaba a los presentes las indulgencias concedidas por diversos Pontífices a los acompañantes del Viático, advirtiéndoles que los que habían llevado velas las habían lucrado por duplicado.

Tuvo gran florecimiento a principios de siglo la "Adoración Nocturna" o "Vela Nocturna" que con su bandera hacía acto de presencia en las vigilias.

Por los años veinte se celebró una solemnísimas "Vigilia de las Espigas" a la que se asociaron, como de costumbre en estas conmemoraciones, numerosas representaciones de otros centros de Adoración Nocturna de toda la diócesis. Los actos litúrgicos terminaban al amanecer con una solemnísimas procesión por todo el pueblo en la que el Santísimo era llevado bajo palio sobre un anda portada por sacerdotes revestidos con dalmáticas. Por cierto, con este fin y para celebrar el acontecimiento, se construyó y bendijo una nueva anda. Venticinco años más tarde volvió a celebrarse otra "Vigilia de las Espigas" con mayor entusiasmo y brillantez, en la que no faltó la enramada de murta y diversos adornos en las calles, acontecimiento éste del que guardan aún grata memoria los que lo vivieron.

## LAS MISAS DE LOS DOMINGOS

Regía distinto horario para los meses de invierno y los de verano, con límites fijos, marcados por las dos fiestas que se celebraban entonces en honor de la Santísima Cruz: "de Cruz a Cruz" se solía decir. El horario de verano se extendía desde el 3 de Mayo, fiesta de la Invención de la Santa Cruz, hasta la de su Exaltación, el 14 de Septiembre, en que volvían a regir las horas de invierno.

Las misas dominicales se iniciaban en la época invernal a las 6 ó a las 6'30 -era "la missa primera"-, la segunda a las 7. A las 7'30 se celebraba otra misa en las Catequistas y a las 9'30 la "Missa Mayor" en la Parroquia.

Durante el verano la primera Misa era a las 5 de la mañana, la siguiente a las 7 y la Mayor a las 9. En las Catequistas se mantenía inalterable el horario. Posteriormente hubo Misa de 10 en el Convento de las Oblatas.

En la Parroquia los hombres ocupaban los bancos situados en el centro y las mujeres, portadoras de su sillita plegable y cubiertas siempre -sin excepción alguna- con sus velos, ocupaban los espacios libres delante o a los lados de los bancos de los hombres. Estos al término de la misa se volvían a ambos lados para desear el tradicional "bon día" a los que estaban sentados a su lado.

Los que no habían podido acudir a estas misas aún tenían la posibilidad de asistir a la de 11 en Aldaia (consta que cuando había frailes mínimos en

el Convento acudía un padre a celebrarla), a la de 12 en Torrent a la de 1 en la Parroquia de los santos Juanes, "Sant Joan del Mercat", de Valencia.

La Misa mayor era cantada a canto llano, una especie de gregoriano desvirtuado y decadente, que se había conservado de siglos anteriores. Lo cantaba con voz de bajo o de barítono el "cabisco!" o cantor de la Parroquia, al que acompañaban el sacristán y algún hombre que con buena entonación les ayudaba. Aún nos parece recordar en nuestra infancia la figura digna y respetable de aquel cantor, que Dios tenga en su gloria, vestido con una pulcra blusa, cuya voz se hacía presente en todos los actos litúrgicos. Y en los días de fiesta, cuando el órgano se asociaba a la alegría y al júbilo de la celebración -y esto lo escuchamos de labios de nuestros abuelos- el organista, el "tío secretan", al ofertorio tocaba invariablemente un fragmento muy conocido de "Poeta y aldeano" de Suppé, música profana ¿qué duda cabe?, pero, ¡qué importa!, se recibía en los cielos como aleluya de jubilosa adoración al par que llegaba al alma de aquellas gentes sencillas y buenas, dotadas de gran sensibilidad musical, con acentos de intensa devoción y religiosidad.

La Misa Mayor se interrumpía para publicar los avisos y las amonestaciones y a continuación se pronunciaba el sermón, todo ello no después del Evangelio -como se hace ahora- sino en el Ofertorio, inmediatamente antes del "Lavabo".

La publicación de las fiestas religiosas se hacía según fórmulas estereotipadas: "Devotos cristianos en la presente semana hay que advertir que el próximo jueves (o viernes, etc.) es la Fiesta de... y no se puede trabajar. Todos los días son santos y buenos para los que viven en gracia de Dios; el pecado mortal se perdona por el sacramento de la Penitencia, para el perdón de los veniales digamos tres veces: "Jesús pequé, tened piedad y misericordia de mí" (golpeándose tres veces el pecho). Y el sacerdote añadía en latín una fórmula, como sacramental para la absolución de los veniales: "Misereatur nostri... etc". "Indulgentiam, absolutionem... etc.". En algunas misas dominicales el sacerdote leía y los fieles repetían en voz alta los actos de fe, esperanza y caridad, ordenados, según creemos recordar, por el Concilio Provincial Valentino de 1891.

En el Ofertorio de la Misa Mayor el celebrante publicaba las amonestaciones matrimoniales: "Amonesto -decía- por 1.<sup>a</sup> (2.<sup>a</sup> o 3.<sup>a</sup>) canónica monición a N. N., natural de... y vecino de... (o natural y vecino de esta Parroquia), hijo legítimo de N. y de N., de una parte y de otra, a...". Y se advertía al pueblo: "Si alguno conoce algún impedimento por el que no se puede celebrar este matrimonio, está obligado a manifestarlo bajo pena de pecado mortal; de otra suerte pidamos a Dios les dé su santa gracia".

Finalizando la Misa, la paz la recibían en el altar el sacristán y los acólitos arrodillados ante el celebrante que vuelto hacia ellos, besaba el "portapaz",

una especie de tablilla pequeña, de metal plateado o dorado, con una imagen sagrada en relieve, que los acólitos daban luego a besar o simplemente a tocar al primero de cada fila de bancos, el cual con la yema de los dedos transmitía el toque de paz a su vecino y así sucesivamente.

Como costumbre curiosa, ya en desuso, y para contribuir a alimentar la lámpara del Sagrario cabe mencionar la "puja" que según el Diccionario de Alcover, era "la quantitat de pa que es paga al forner per la farina i materials (leña, etc.) de coure el pa en el forn públic". Pero entre nosotros se aplicaba este nombre a un pellizco de masa que dejaban las mujeres, cuando amasaban el pan familiar, sobre el tablero o "taulell" de la "boca del forn". Con muchas pequeñas aportaciones se obtenía una porción de masa que pesaba el hornero, la valoraba y el dinero equivalente lo entregaba a la Parroquia para sufragar la luz del Sagrario. El detalle de estas aportaciones las mencionaba el sacerdote entre los avisos: "Lo recogido en los hornos es lo siguiente" y seguía la lista de los seis hornos que existían entonces en Alaquàs, entre ellos el Horno Viejo, Horno de la calle Mayor (o de "ca Pureta"), del Portal (o de "cal Pichó") etc.

## EL BAUTISMO

En el bautismo se había introducido la figura de la "comare" o comadre que en principio debía ser la comadróna que había intervenido en el parto y que también se ocupaba de llevar luego a bautizar al recién nacido. Posteriormente esta función la asumía una mujer o una joven que cumplía la misión de llevar en brazos al neófito entre el padrino y la madrina.

Al salir de la Iglesia los padrinos y los familiares echaban a voleo confites, caramelos y dinero en calderilla a la chiquillería, que se asociaba al acto con gran bulla y alboroto, gritando la tradicional cantinela:

Padrí ronyós  
ha parit un gos  
Padrina ronyosa  
ha parit una gosa

El festejo terminaba en el hogar familiar donde se servía un rumboso refresco a familiares y amigos en el que no solía faltar el chocolate, los dulces y otras golosinas.

## EL MATRIMONIO

Cuando existían impedimentos, generalmente de consanguinidad, se solicitaba la dispensa que se obtenía mediante un "breu" o breve palabra que

recuerda al "Breve" o documento pontificio que, en un principio, concedía el Vaticano, pero que posteriormente, por delegación de facultades, solía concederlo en muchos casos el Arzobispado de Valencia.

El "rastré" era el cortejo de invitados que acompañaba a los contrayentes y a los padrinos cuando a pie se dirigían o regresaban de la Iglesia. La curiosidad atraía al público, en su mayoría femenino, que se agolpaba en las esquinas comentando los mil detalles del acontecimiento y recogiendo los confites y caramelos que el rumboso padrino repartía a granel.

Como las bodas se celebraban por la mañana, al llegar a casa de la novia se servía el tradicional refresco con chocolate y dulces de rigor, y, horas más tarde, el banquete de bodas que se prolongaba muchas veces hasta la noche.